

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:
JAVIER GODÓ,
CONDE DE GODÓ

Director:
José Antich

Vicedirector:
Alfredo Abián

Directores adjuntos:
Enric Juliana
Àlex Rodríguez

Subdirectores:
María Dolores García
Miquel Molina
Manel Pérez
José Alberola (Arre)

Redactores jefes: Enric Sierra (Web), Llàtzer Moix (Adjunto al Director), Joaquín Luna (Internacional), Jordi Barbeta (Política y Actualidad), Susana Quadrado (Tendencias y Cultura), Kety Calatayud (Vivir), Dagoberto Escorcia (Deportes), Ramon Aymerich (Economía), Celeste López (Redacción Madrid), Mariàngel Alcázar (Casa Real), Jaime Serra (Infografía e Ilustración), David Azub (Fotografía), Núria García (Diseño), Albert Gimeno (Magazine), Félix Badia (Estilos de Vida) y Josep Carles Riús (Fin de Semana).

Secciones: Elisenda Vallejo (Internacional), Xavier Batalla (Corresponsal Diplomático), Isabel García Pagan (Política y Actualidad), Pau Baquero (Opinión), Rosa M. Bosch (Tendencias), Ramon Suñé (Vivir), Ignacio Orrión (Cultura), Juan B. Martínez (Deportes), Dolores Álvarez (Economía), Miquel Vilagrass (Gente), Albert Aymami (Fotografía), Francesc Puig (Diseño), Magí Camps (Edición) y Albert Molins (Producción).
Consejeros de Dirección: Carlos Sentís, Jaime Arias y Josep Maria Soria.

Diagnóstico: corrupción

JORDI PUJOL, ex presidente de la Generalitat, concedió días atrás una entrevista al programa *Agora* de la televisión pública catalana, durante la cual afirmó que si se entraba en el tema de la financiación de los partidos "todos nos haríamos daño". Estas declaraciones han sido muy comentadas en el seno de la sociedad catalana. Y no es de extrañar. En primer lugar, porque desde hace semanas y meses la ciudadanía asiste con creciente desasosiego a la revelación de una interminable serie de casos de corrupción. En segundo, porque las palabras de Pujol admitían una interpretación en clave de advertencia o de invitación a mantener las cosas como están.

Sería bueno determinar a quién engloba el "todos" al que aludió el ex president. Si se refiriera a "todos" los partidos políticos sería una cosa; pero si se refiriera a todos y cada uno de los miembros de nuestra sociedad, sería otra. La percepción más extendida es que se refiere a los partidos. Porque entre el conjunto de la población cuyos criterios no están sometidos a los intereses partidistas quizás domine la idea de que la mejor manera para evitarnos daños no pasa por mantener el actual estado de cosas, sino por erradicar la corrupción que asoma cual punta de un enorme iceberg. Dicho de otro modo, la población es tan consciente de que la corrupción es un fenómeno complejo, antiquísimo, como de que en el delicado momento actual, con los más extremos efectos de la crisis por llegar, la mejor manera de hacerse daño es mirando hacia otro lado... Como si nada de lo que está desanimando, decepcionando y descorazonando a los ciudadanos exigiera severa censura y rápida enmienda.

Los médicos saben muy bien que el primer paso para superar cualquier enfermedad es su reconocimiento. Sin ese diagnóstico, el camino hacia la terapia y la curación es impracticable. El diagnóstico que se deriva de estas semanas de escandalosas noticias parece claro: el sistema está enfermo. Se trata de una enferme-

dad extendida, que afecta a varios órganos vitales, desde los partidos políticos hasta las administraciones municipales, desde la financiación de unos y otras hasta la gestión del territorio y las promociones inmobiliarias. No se trata, por desgracia, de una enfermedad leve o pasajera, sino de otra grave y recidivante. Las diversas leyes que se han redactado o reformado para atajar el mal, para sanar al enfermo, han resultado ser parches de corta vida. La vigencia del viejo refrán "hecha la ley, hecha la trampa" se ha visto revalidada una y otra vez.

Los partidos políticos han demostrado estar dispuestos a convivir con esta enfermedad, a cronificarla, a cargar con sus penalidades. Acaso porque sus efectos se alternan, para ellos, con jugosos réditos. Y hasta cierto punto se entiende: salvando todas las distancias, también los drogadictos hallan alivio al tomar su dosis, por más que eso no mude el signo de su desgracia. Ahora bien, los drogadictos son conscientes de que tan fugaces placeres corren poco a poco su cuerpo, que antes o después, inexorablemente, se verá abocado a la extenuación y el último suspiro.

La cuestión está en saber si, en este aspecto, la ciudadanía valora el problema del mismo modo que los partidos políticos. Si prefiere hacer como quien oye llover o si, por el contrario, cree que es preciso revisar el sistema de financiación en el que tan cómodas se encuentran las formaciones políticas mayoritarias, para evitar que sus consecuencias se extiendan finalmente al conjunto del cuerpo social, llevándolo de la fatiga y el desánimo a una desconfianza definitiva.

La seriedad de los casos revelados, la sospecha de que no son una excepción, sino los primeros reflejos de una práctica generalizada, obligan a todos los agentes sociales responsables a reflexionar y hallar soluciones. Tiene que haber otra manera de hacer las cosas. Tiene que haber otras vías de acción. Hay que esbozar reformas que regeneren un tejido político al borde de la necrosis. Esta será la tarea del editorial de mañana.

Hacer cumplir la ley

EL PARLAMENT DE CATALUNYA aprobó por unanimidad el pasado 14 de octubre una disposición final de la nueva ley de salud pública que prohíbe el fomento del consumo incontrolado de alcohol en bares y discotecas mediante la fórmula de "dos copas por una" o barra libre. Transcurridas apenas tres semanas, *La Vanguardia* ha podido comprobar que tal normativa es sistemáticamente incumplida por numerosos locales de ocio.

Pese a que la nueva ley prevé sanciones de entre 3.000 y 10.000 euros a los establecimientos que hagan caso omiso de la norma, lo cierto es que sólo hay que darse una vuelta por la zonas y los locales de copas de Barcelona o de otras localidades catalanas -tristemente conocidas ya por el denominado "turismo de borrachera"- para observar cómo lamentablemente se cumple aquello de que el nuestro es un país de pícaros. Así, lo que antes se publicitaba como *happy hour*, o barra libre, ahora se camufla con eufemismos como "precios especiales" y reclamos como concursos, premios y re-

galos de noches de hotel. Son "ofertas" que llegan a ser aireadas incluso por internet y con las cuales numerosos establecimientos ignoran, sortean o lisa y llanamente incumplimentan la ley vigente. La patronal del sector aplaudió la nueva normativa cuando fue aprobada por la Cámara catalana, pero pide una moratoria para aclarar las dudas surgidas antes de que la Administración empiece a aplicar sanciones, y alegan que esta prohibición puede fomentar el botellón.

El Ministerio de Sanidad también está trabajando en una norma similar. Expertos en salud pública han lanzado un serio aviso sobre la necesidad de medidas más efectivas para frenar el consumo de alcohol entre los jóvenes, empezando por la más básica: que se cumpla la prohibición de su venta a los menores. Cabe recordar que el 24% de los adolescentes se emborracha todos los fines de semana y que el 40% de los jóvenes que hacen botellón son menores. Con estos datos, y si no se hace cumplir la ley, podemos tener a la vuelta de la esquina un grave problema social y sanitario.



De la amistad y otras ataduras

Walter Cronkite, que fue el presentador estrella de la CBS durante más de veinte años, al frente de telediario *Evening News*, recuerda en *Memorias de un reportero* que se convirtió en leyenda el dicho de que, si se quería saber hasta qué punto Frank Sinatra podía ser un amigo, no tenía más que romperse una pierna. Entonces, el cantante se ocupaba de todo, se desvelaba como nadie y mostraba su prodigalidad con generosos regalos. Sin embargo, cuando a Sinatra se le acusó de tener contactos con la mafia, algunos de estos amigos dejaron de llamar por teléfono. El cantante se excusó como pudo de tales denuncias, arguyendo que él actuaba en casinos donde se había cruzado con los personajes que los regentaban e incluso había posado con ellos, pero desconocía que pertenecieran a la mafia. Sinatra tuvo que responderle esta pregunta a Cronkite en su casa de Palm Springs, a pesar de que montó en cólera. El reportero, con la misma naturalidad que le planteó la cuestión, defendió siempre su amistad con el artista por encima de todo.

Ser amigo de alguien que ha delinquido no supone complicidad, connivencia o conchabanza

La amistad es un sentimiento de ida y vuelta, que está por encima de las contingencias de la vida, por duras que estas sean. François de Rochefoucauld escribió que resulta más vergonzoso desconfiar de nuestros amigos que ser engañados por ellos. Era una manera de afirmar que la amistad se cimenta en la confianza. Uno está obligado moralmente a defender al amigo cuando es atacado en su ausencia, más allá de las razones que argumenten otros. La amistad es el resultado de un pasado compartido, así que no puede estar condicionada por las contingencias del presente o por las expectativas del futuro. Escribía Joan Barril recientemente que el caso Pretoria es un buen momento para reflexionar sobre los límites -si es que los hay- de nuestra amistad con los que, culpables o no, se encuentran entre rejas. Y sostenía que un amigo no es un juez ni un comisario.

Ser amigo de alguien que ha delinquido no supone complicidad, connivencia o conchabanza. Sin embargo, estos días hemos visto que pocos han sido quienes, más allá de que hayan mostrado su decepción por las imputaciones del magistrado, no han querido abandonar en la soledad a sus amigos. Han sido más los que otrora compartían mesas, risas y abrazos y después de la pena de telediario han pasado a decir que se veía venir o que nunca les vieron claros.

Son tiempos complejos, donde la lealtad no debería dar tantas vueltas como la vida. Abandonar al amigo es como aislarse de la propia biografía, como no reconocerse ante el espejo. Por eso me ha parecido generoso, honrado y noble haber escuchado a algún político pregonar la amistad con uno u otro de los detenidos. Por eso me ha resultado cobarde ver como otros callaban y escondían viejas fotos para no tener que explicarse. ■